

Humor en la literatura infantil

Ella es la muerte

LUISA NOGUERA

ROCÍO PARRA (Ilustraciones)
Panamericana Editorial, Bogotá,
2014, 130 págs., il.

LA PRIMERA generación de escritores profesionales de literatura infantil en Colombia se consolidó entre 1980 y 2005 cuando los editores como Margarita Valencia, en Carlos Valencia Editores; María Candelaria Posada, en Norma, y Alberto Ramírez, en Panamericana, crearon colecciones y acogieron y dieron impulso a autores que hoy hacen parte del canon literario nacional: Jairo Aníbal Niño, Gloria Cecilia Díaz, Celso Román, Ivar da Coll, Yolanda Reyes, Triunfo Arciniegas, Evelio Rosero, Irene Vasco y Pilar Lozano, entre los más destacados.

Es ya evidente que hay un aire de renovación y que presenciamos el surgimiento de la segunda generación de autores que en menos de una década ha ganado un espacio representativo en el ámbito de los libros para niños. Quisiéramos llamar la atención en estos nombres: Claudia Rueda, Francisco Leal Quevedo, Jairo Buitrago, Gerardo Meneses, María Inés McCormick, Albeiro Echavarría. Y Luisa Noguera, uno de cuyos libros es objeto de esta reseña

Unas u otros en este grupo han merecido galardones (como el reconocido premio anual El Barco de Vapor - Biblioteca Luis Ángel Arango, iniciado en 2008) o han sido finalistas de concursos. Ya publicaron más de tres libros, tienen obras recomendadas por Fundalectura o reseñadas en medios de crítica de literatura infantil (*Cuatro gatos*, *Nuevas hojas de lectura* y *Tiempo de leer*), figuran en los planes nacionales de los Ministerios de Educación y Cultura, alcanzan ventas superiores a los diez mil ejemplares y participan en eventos masivos como el Juego literario en Medellín. El estado de la edición de libros de literatura infantil en Colombia es, pues, saludable.

Es clave que los mediadores de lectura (profesores, bibliotecarios, padres) desarrollen la capacidad de selección de libros de literatura per-

tinientes para los niños y reconozcan cuándo tienen buena calidad y cuándo no. Que tengan además el tino para escoger títulos para ellos colombianos, pues pueden ayudarles entender cómo es este país, qué lo caracteriza, qué es lo mejor y lo oscuro de lo que nos constituye. Libros críticos de nuestra manera de ser. Pero también, que sugieran obras literarias divertidas, estimulantes hasta para reemplazar la televisión por la lectura, para cerrar un videojuego y sentarse (o acostarse, como leen los niños) y entrar en el gozo que puede causar una buena historia.

Uno de estos buenos libros es *Ella es la muerte*, escrito por Luisa Noguera Arrieta (Bogotá, 1965). Resumamos la historia.

Felipe es un niño de diez años a quien le encanta leer los cuentos de Edgar Allan Poe. En el primer capítulo, lo vemos con ojos muy abiertos, absorto en “El pozo y el péndulo”. Es la época de vacaciones y lee en la madrugada, a escondidas de sus padres, quienes están preocupados por el ánimo nervioso del hijo y le han prohibido estas lecturas. Felipe tiende a confundir lo que sucede en los libros con lo que pasa en su calle. Por eso, tiene casi la certeza de que una mujer que vive al frente de su casa es la Muerte y que ha venido a llevarse a su adorado abuelo. De hecho, escuchó a su madre decir que la vecina la visitó recientemente y habló de que el abuelo sufriría un *desahucio*. La sola palabra, ¡desahucio!, le puso los pelos de punta.

Felipe tiene un amigo, Manolo, con el que se proponen investigar más sobre la extraña mujer. Averiguan que se llama Ella y que hace pocos meses llegó a la pequeña ciudad donde viven. Temerarios, se lanzan a espiar su correspondencia y descubren que recibe cartas de Estambul (los niños piensan que de allí parte la muerte con su guadaña para cortar cabezas). Dos episodios acentúan la idea de que Ella es la Muerte.

En el primero, unas viejitas se paran frente a la casa de Ella y la insultan públicamente (deducción: los niños creen que las viejitas no se quieren morir todavía y reclaman poder vivir unos años más). En el segundo, el gato de Felipe, Miyayo, no ha vuelto a casa desde hace unos días. De súbito, el

niño levanta su mirada y observa que, en la ventana de la casa de Ella, el gato está petrificado, muerto.

Felipe se deprime, llora, y no sabe qué hacer. El abuelo, a quien cree futura víctima de la vecina, trata de consolarlo. Los padres han pensado en enviar al niño al psicólogo y una hermana entrometida culpa de todo a los libros de Poe. El momento más dramático –y el más cómico, a su vez– se da cuando Ella vuelve a visitar la casa de Felipe y le dice a la madre: “debo ejecutar a su padre”. El niño, enfurecido, le hace la señal de la cruz con las manos y le escupe un discurso repleto de “pues” (su muletilla), en el que le dice querer desenmascararla. El asombro de las dos mujeres es total.

Pronto se descubre cuál fue la confusión del niño. Las aguas se calman y se acerca un final feliz: Ella renuncia a su cargo de cobradora de un banco –por eso “ejecuta”, en lenguaje de derecho civil, se encuentra con el marido que ha venido desde Estambul a rescatar el matrimonio, el gato Miyayo no estaba muerto sino dormido después de una buena cena en casa de la vecina y el abuelo, a quien la entidad financiera le ha quitado la casa por moroso, invita al nieto a comprar una cama, pues vivirá a su lado en casa.

Dos son, centralmente, las virtudes literarias de este libro. El primero, el humor. Luisa Noguera logra atrapar al lector construyendo una trama de *suspense* clásico, con la peculiaridad de que acude a la ambigüedad como recurso narrativo. Una cosa cree el protagonista sobre lo que sucede y otra es lo que en verdad sucede. Y en esa ambigüedad cumple un papel fundamental la polisemia del lenguaje: *desahuciar*, *ejecutar*, *cobrar*, *mora* son palabras que pueden cambiar de sentido según el contexto en el que se usen.

Con lo anterior, se verifica, entonces, una regla narrativa propuesta por el escritor argentino Ricardo Piglia. Él dice que todo buen cuento propone dos historias: una por encima y otra por debajo. En el caso de *Ella es la muerte*, el lector tiene que aprender a reconocerlas juntas. Leer bien literatura, de manera competente, implica involucrarse con el relato en dos ámbitos: uno, emocional; otro, metacognitivo; es decir, debe reconocer cómo está armada la historia. Este libro servirá

a los niños para entrenarse en esta compleja tarea.

La segunda virtud tiene que ver con el carácter intertextual. Los fragmentos de cuentos de Poe que la escritora utiliza (de “El pozo y el péndulo”, “El gato negro”, “El entierro prematuro”) sirven al niño para valorar él que un relato es una suma de textos, esto es, una red intertextual (Kristeva, Barthes).

Un autor cita a otro, explícita o implícitamente, porque quiere homenajearlo, criticarlo, descubrirlo. El intertexto fortalece en el niño la idea de que un cuento no es algo adánico, originalísimo, sino el resultado de un diálogo entre autores. Mientras hablamos o escribimos, citamos a otros porque esas citas apoyan lo que estamos diciendo, enriquecen el discurso. Es llamativo, al final del libro, que Felipe, de ser fanático de Poe, pase a leer *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, porque ello sugiere el enriquecimiento de su gusto literario y que abordará un texto más complejo. Cuando nos gusta un autor, este nos lleva a otro del mismo género y este a su vez nos lanza al vacío de un riesgo nuevo como lectores.

Son escasos los libros de humor para niños escritos por autores colombianos. Quisiera recordar, desde luego, los *Cuentos pintados* (Rafael Pombo), ¡No, no fui yo! (Ivar da Coll), *El terror de sexto B* (Yolanda Reyes), *Caperucita roja y otros relatos perversos* (Triunfo Arciniegas), *Conjuros y sortilegios* (Irene Vasco), *Los héroes que vencieron todo menos el miedo* (César e Iván Darío Álvarez), *Pedro Urdemales: los viajes de un pícaro* (Constanza Padilla), *Patricio Pico y Pluma en la extraña desaparición del doctor Bonett* (María Inés McCormick) y *James no está en casa* (Constanza Martínez). *Ella es la muerte*, de Luisa Noguera, se une a la fila consolidando una tradición que sienta precedentes para los escritores que vienen en camino y a quienes les interesa este filón creativo.

Adenda. El diseño y las ilustraciones de Rocío Parra dejan mucho que desear. Resulta insólito que cuando no le cabe el texto en una página, recurra a... ¡poner la fuente en un tamaño inferior! [págs. 66 y 99]. Las ilustraciones –desabridas y feamente caricaturales– poco le aportan a la historia. Es muy

probable que los niños lectores descubran la incoherencia entre la descripción de la Muerte que hace la autora [pág. 22] y la ilustración que la refleja como una señora después de hacer el mercado. Se desaprovecharon escenas magníficas como la de Ella llorando en su apartamento mientras recuerda a su hijo muerto, que hubieran generado en los lectores, al mismo tiempo, terror y ternura.

Carlos Sánchez Lozano